

estanques artificiales, porque en el Yucatán no hay corrientes de agua. Como sombras de este cuadro se pueden citar los sacrificios humanos, las vírgenes ahogadas en el pozo de Chichén.

EL ANAHUAC Y SUS HABITANTES PRIMITIVOS.—En la meseta del Anahuac, «país cercano al agua», y en las pendientes que la rodean y que bajan hacia el Pacífico y el golfo de Méjico, también se encontraban en el origen de los tiempos los *quinames* ó gigantes del período prevotánico, quizá aborígenes. Unos invasores los destruyeron y aparecieron ciertos pueblos nuevos, anteriores á los *nahuas* (1). Los *olmecas* se establecieron en el país de Puebla y de Tlaxcallán, hasta el mar, y construyeron la pirámide de Chollulán en Huitzipallán. Los *totonecas*, cuyo lenguaje se parecía más al maya que al nahua, fueron quizá los fundadores de Teotihuacán. Los *mixtecas* y *otomíes* ocuparon el país al Este y al Norte del Anahuac; sus ciudades principales eran Tollan ó Tula y Otompán; el centro religioso era Teotihuacán. Sobre aquella primera capa se fueron depositando sucesivamente los sedimentos de invasiones sucesivas de pueblos del Norte. Las inmensas comarcas de Méjico septentrional, y luego del Arizona, más alto aún, de Utah y California, eran inagotables depósitos de pueblos que bajaban con movimiento incesante hacia el Sur, parándose en el camino años y siglos enteros, reanudando la marcha después de haber sufrido transformaciones que los alejaban y aproximaban alternativamente al estado de barbarie. Á veces, tribus procedentes del Norte que daban la vuelta al Anahuac tropezaban con masas más densas del mundo maya en la región de Tabasco y refluían hacia el Noroeste, á lo largo del Océano Pacífico, llevados por el remolino á su punto de procedencia.

Aquel vaivén de pueblos puede que dura-

(1) Cuenta una antigua leyenda que un anciano (los países del Norte) llamado Mitzcoatl tuvo con su primera mujer, Ilancueitl, seis hijos, Xelhua, Tenuch, Olmecatl, Xicolancatl, Mixtecatl y Otomitl (otros tantos pueblos antiguos), y con su segunda mujer, Chimalpan (Virgen del escudo), otro hijo, Quetzalcohuatl (serpiente ó sabiduría con plumas), personificación del pueblo nahua ó tolteca. Los xelhuas eran la raza primitiva, los demás hijos de la primera mujer representan á los otomitas, olmecas, zapotecas y mixtecas, contemporáneos de los *moundbuilders*, y sectarios del dios Tlaloc. El genio tolteca enseñó á aquellos pueblos el arte de construir, la fundición de metales, el corte de piedras y el tejido de las telas.

ra un millar de años. Se supone que los *toltecas* dominaron el Anahuac sobre el siglo VII de nuestra era. ¿Qué eran esos toltecas? El término general de *chichimecas*, que significa propiamente bárbaros y extranjeros, se aplicaba á todos los pueblos procedentes del Norte desde los tiempos más remotos hasta los últimos siglos que precedieron á la llegada de los españoles. Una de aquellas naciones chichimecas, dotada indudablemente de inteligencia más alta, de sentido artístico más refinado, fué tomando gran ascendiente sobre las demás. Era la nación chichimeca-tolteca y desde aquella época los términos *tolteca* y *nahua* designan el mismo grupo étnico.

NAHUAS Y TOLTECAS.—Las tradiciones mejicanas recogidas por Ixtlilxochitl y Veytia dicen que después de la caída de un imperio cuya situación no se ha determinado, los nahuas, antecesores de los toltecas, se instalaron en la meseta mejicana, llevándose por delante, al Sur y al Este, á las poblaciones primitivas mayas y otomíes. El idioma maya, futura lengua mejicana, rica, flexible, lengua de pueblo civilizado, se extendió poco á poco desde el río Gila hasta el istmo de Tehuantepec. La invasión había sido muy lenta. Cuenta la leyenda tolteca que una horda de chichimecas, *culhuas* ó *mixcohuas*, se iba acercando al Anahuac y que los sacerdotes de Teotihuacán llamaron á sus jefes, creyendo alcanzar su homenaje. Pero los *mixcohuas* se extendieron por el valle y se instalaron en Tlaxcallán y luego en Tezcuco. Mixcohuatl (1) sometió á todo el país y cometió grandes fechorías. Después de seis años de lucha se apoderó de Tollan, capital de los otomíes, situada á diez y nueve leguas al Norte de Méjico, y ya desde entonces los vencedores tomaron el nombre de toltecas (2). Introdujeron en el valle innumerables supersticiones. En Tollan era teocrático el gobierno y sujetaban al pueblo por el terror religioso,

(1) En nahua, Mixcohuatl, es el singular, Mixcohua el plural. Se da el mismo nombre á la tribu y al jefe.

(2) *Toltecatl*, en lengua nahua, expresa la idea de arte ó habilidad; *nahua* ó *nahuatl*, la de ciencia, elegancia ó misterio. Dicen otros que tolteca procede de *tulli*, junco, y de ahí la ciudad de Tollan, situada junto á pantanos, y *toltecatl*, el hombre de los juncos. La gramática nahuatl de Olmos dice: *tultecatl*, funcionario ó mercader. El sentido primitivo más sencillo debe de ser tolteca, hombre de Tollan, como azteca, hombre de Aztlán.

pero se iba verificando la fusión entre la raza establecida y los invasores, de lo cual surgía una civilización más suave. Quetzalcohuatl fué el legislador de los toltecas, la personificación de su civilización.

QUETZALCOHUATL, HÉROE Y DIOS.—El padre Brasseur dice que el año 839 de nuestra era fué cuando nació Ce-Acatl (apellidado Quetzalcohuatl), hijo de Totepeuh-Nonohualcatl. Mucho precisar es, tanto más cuanto que todo lo que se refiere á Ce-Acatl es extraordinariamente obscuro. Ser real ó figura simbólica, su acción se extendió por el mundo nahua desde el Michoacán al Noroeste hasta la angostura de la América central. Al mismo tiempo, y muy lejos, amalgamaba Carlomagno los elementos de su gran imperio.

Después de haber desaparecido durante quince años, Quetzalcohuatl volvió súbitamente al Anahuac, rodeado de artistas, músicos y sabios. Se instaló en Tollantzinco, instruyó á sus compañeros en la ciencia religiosa, predicó el ayuno, el bautismo, la confesión, la vida monástica y los votos de continencia. No tardó en ser proclamado rey en Tollan, llegando entonces á soberano temporal y á sumo sacerdote. Civilizó, ó lo que es lo mismo, abrió caminos, construyó puentes, estimuló el comercio, enseñó á cultivar la tierra, á labrar metales preciosos y piedras duras, edificó palacios y templos. Por último, y sobre todo, abolió los sacrificios humanos; pero los partidarios de las doctrinas antiguas no le perdonaron esta última reforma. Todas las iras hacinadas en el pueblo contra el legislador extranjero estallaron á un tiempo. La señal de la rebelión brotó de Teotihuacán, antiguo foco religioso. Un jefe llamado Huemac se alió con los reyes de Culhuacán y Otompán y se lanzó contra Quetzalcohuatl, invocando como grito de guerra el restablecimiento de los sacrificios

antiguos. Quetzalcohuatl, para salvar á su pueblo de los furios de la guerra civil, se alejó y se instaló durante algún tiempo en Chollulán. Pero Huemac le persiguió, y el reformador, reanudando su marcha hacia el Sur, murió en Orizaba ó desapareció en la desembocadura de Coatzacoahuac. Entonces acabó por el año 900 de nuestra era la edad de oro de la nación tolteca.

Huemac disfrutó bastante tiempo de su victoria fácil, pero los toltecas acabaron por rebelarse contra su tiranía, y fué derrotado y muerto en la batalla de Tezcuco. La causa de los sacrificios humanos no pereció con él. Aunque el culto á Quetzalcohuatl se estableció inmediatamente en Tollan, y más especialmente en Chollulán, ambos cultos subsistieron conjuntamente y la horrible costumbre llegó á ejercer más adelante ascendiente completo sobre el pueblo, cuando el sombrío genio azteca consolidó su dominio sobre todo el Anahuac.

CAÍDA DEL IMPERIO TOLTECA; LOS CHICHIMECAS.—El imperio tolteca duró dos siglos más, pero se afeminaba con la dulzura

de costumbres instituida por Quetzalcohuatl. Empezó á decaer, entraron los bárbaros y la ciudad de Tollan les entregó el Anahuac. El último rey tolteca se mató en Chapultepec á fines del siglo XI. Prodújose una numerosa emigración; los civilizados, huyendo de la barbarie, llevaron su cultura intelectual á los Estados florecientes de la América central.

Los chichimecas se esparcieron por el país y adoptaron las costumbres de los habitantes, pero aquella nueva invasión no era más que la vanguardia de otra más considerable que iba á durar parte del siglo XII. Llegaron al Anahuac hombres que venían de climas fríos, de países designados por las tradiciones de los nahuas con el nombre general de *chicomoztoc* ó las «siete grutas».



Al regresar el almirante halla quemada la torre de Navidad

Iban vestidos de pieles con tocados de plumas que les caían por la espalda abajo; calzaban borceguíes de cuero curtido ó corteza de árbol, y llevaban al cuello collares de wampum. Como armas usaban flechas, arcos, mazas, hondas, y especialmente la cerbatana con balas de barro cocido. Estas tribus eran parientes de los indios que entonces construían *tumuli*, y ellas también edificaron bastantes. Los apaches y comanches dan una idea de lo que eran aquellas hordas. Se extendieron hasta la América central como últimas olas del torrente de naciones que barría el imperio de los toltecas, de modo que en aquella angostura de tierra entre dos Océanos, invasores y fugitivos de Méjico trataban á un tiempo de dirigirse al Sur, fundando las tribus del Norte una dinastía en la montaña con el nombre de *Quiches ó Cakchiquiles*, mientras los toltecas se extendían por Honduras, Nicaragua y Costa Rica. La lengua maya sobrevivió á aquellas inmersiones pasajeras, pues los bárbaros la heredaron de los civilizados.

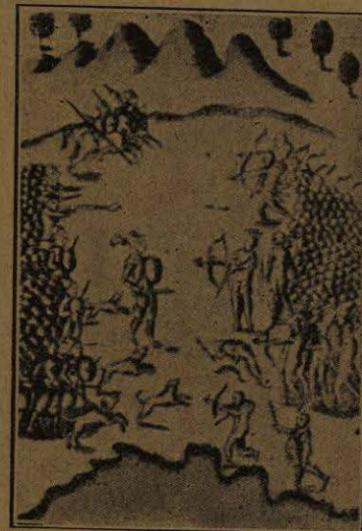
LOS ACOLHUAS EN TEZUCO.—Una gran devastación siguió á la caída del dominio tolteca. Los relatos mejicanos dicen que se transformaron en desiertos todos los países comprendidos entre el extremo Norte y el Anahuac; en la meseta ocupaban los bosques el espacio donde antes se erguían las antiguas ciudades de los nahuas. Después se estableció cierto orden. El nombre de *Xolotl* designa á varios personajes que ejercieron sucesivamente la autoridad sobre las naciones nómadas. El primer Xolotl llevó consigo una masa enorme de hombres, un millón según Ixtlilxochitl, tres millones según Veytia. Siguiéron á los primeros conquistadores otros pueblos como los *acolhuas*, los *culhuas*, los *xochilmicas*. Los acolhuas, menos bárbaros que los chichimecas de los Xolotl, ó transformados ya por largo contacto con las poblaciones que la invasión cubría sin destruirlas, practicaron la agricultura y fundaron la ciudad de Azcapotzalco en algunos islotes del lago Tenochtitlán. Un descendiente de los Xolotl, llamado Quinantgin, se instaló en Tezcuco, junto á la orilla oriental del mismo lago. Fué un civilizador que trató de hacer más cultos á sus

chichimecas, y trató de embellecer su capital llamando á toltecas, sabios y artistas, hábiles en el arte de pintar historias. Murió centenario por el año 1520. Su hijo siguió la misma política, y Tezcuco se desarrolló por el comercio, el arte y la ciencia, la dulzura del culto y la escritura pictográfica, mucho antes que la capital de los aztecas.

LOS AZTECAS EN MÉJICO.—Por aquel tiempo vivía en un rincón del lago, en islotes bajos, cenagosos, cubiertos de espesa vegetación, una tribu bastante mísera de chichimecas, llegada por el año 1200, cuando ya no quedaba espacio vacío y empezaba á faltar tierra á los rezagados. Aquellos hombres eran pobres, vivían de la pesca, carecían de albergue y la población de Azcapotzalco los trataba como á siervos. Eran los aztecas. Habían salido hacía mucho tiempo del país fabuloso de Aztlán ó Aztatlán (región de las garzas reales, tierra pantanosa, valle de Yaqui ó del río Gila ó del río Colorado). Su dios principal era *Tetzquih* (el espanto), personificado más adelante en Tetzcatlipoca, después en *Huitzilopochtli* ó *Mexilli* (de donde proviene Méjico), dios de la guerra. Vivieron cerca de dos siglos en aquella humilde situación, despreciados por sus vecinos al principio, buscados más adelante como preciados mercenarios por sus virtudes militares y por ser muy sufridos. Por los años de 1325 (1) construyeron en sus islotes roturados, levantados y unidos por calzadas, una ciudad que al principio se llamó Tenochtitlán, como el lago, y después Méjico. Menos de medio siglo después, habiéndose multiplicado y organizado, empezaron á hacerse temer. En tiempo del primer Motezuma (Mochteuzoma) la dominación de los aztecas se extendió rápidamente; empezaron por imponerse á los afeminados tezcucanos. Las naciones del Norte y el Este tuvieron que ir reconociendo sucesivamente la supremacía de los nuevos dueños del Anahuac. Únicamente los *tlaxcalanos* ó *tlaxcaltecas*, pueblo compuesto, en cuya contextura entraban todas las razas, cuyas olas habían pasado por aquella región, resistieron á los aztecas de

(1) Fecha casi segura, acerca de la cual están de acuerdo Veytia, Torquemada, Clavijero y la mayor parte de los historiadores. Algunos otros dan la fecha de 1372.

Méjico y sostuvieron largas luchas contra ellos. Los aztecas, flexibles para la civilización, inteligentes, asimiladores, adoptaron las costumbres, las leyes y las ciencias de los toltecas y hasta las minucias de su culto del sol. Añadiéronle el monstruoso horror de los sacrificios humanos, en que los prisioneros de guerra, niños, doncellas y mancebos, elegidos y criados para la muerte, eran degollados á centenares, á millares, celebrándose después inmensos festines, en que sacerdotes y fieles devoraban la carne de las víctimas. Por el año 1400, derrotados los tezcucanos por los *tecpanecas*, sus jefes habían buscado un refugio en Méjico. Nezahualcoyotl, descendiente suyo, contó con el apoyo de los aztecas, y ayudado por éstos vengó terriblemente la caída de su nación. Exterminó á los tecpanecas y devolvió á Tezcuco su antiguo esplendor. Entonces se formó ó consolidó entre Méjico, Tezcuco y Tlacopán una confederación cuyo objeto era guerrear. Los mejicanos daban la señal, y los guerreros de los tres Estados emprendían por los confines de sus domi-



Lucha con los indígenas en la Vega Real

nios incursiones que llevaban en lontananza el terror del nombre azteca. Solía motivar aquellas expediciones la necesidad de abastecerse de víctimas humanas, de las cuales nunca se saciaban los sacerdotes de Huitzilopochtli. El jefe de Méjico ejercía la supremacía en la confederación, y por eso le llamaban emperador los españoles. Á fines del siglo XV reinaba Ahuitzotl, déspota atroz, que para que corriera más sangre por los altares llevó las conquistas aztecas hasta el golfo de Méjico y el Océano Pacífico. Todo el mundo temblaba delante de él, pero los mejicanos eran execrados en Tlaxcala, en Cholula y hasta en Tezcuco, lo mismo que en todos los Estados del Norte y del Nordeste, aunque la mayor parte de éstos no estaban sometidos más que de una manera no-

minal ó eran independientes por completo.

Ahuitzotl murió en 1502. Fué el verdadero fundador del poderío azteca. Motezuma II, sobrino de Ahuitzotl é hijo de Axayacatl (que había reinado también), obtuvo el poder en 1502 (nombraba á los jefes una especie de colegio de grandes electores) y lo ejerció dignamente. Educado para el sacerdocio, menos ávido de guerra que su antecesor, no fué proclamado jefe, sin embargo, hasta después de una campaña en que supo coger bastantes cautivos. Luego se contentó con atender al gobierno de sus Estados y

con cobrar grandes rentas. No tardó en enterarse de que habían aparecido en la costa hombres blancos ricamente vestidos. En seguida recordó la predicción del regreso de Quetzalcohuatl. El legislador tolteca tenía que volver de su largo destierro. Reaparecería, como en otro tiempo, en algún punto de la ribera y su llegada había de indicar la caída del dominio azteca. La influencia nefasta de aquella predicción y el odio que sentía el mundo tolteca y chichimeca hacía los amos imperiosos

que desde la ciudad de Méjico, aislada en medio de un lago, aterrorizaban á tantas tierras y ciudades, son las causas que pueden explicar la prodigiosa novela de la conquista de Cortés.

INSTITUCIONES Y COSTUMBRES.—Los escritos de los historiadores abundan en detalles pintorescos sobre las costumbres, las instituciones, la vida social y popular de la gente del Anahuac y especialmente de la ciudad de Méjico. El jefe de los aztecas tenía un poder casi absoluto, únicamente por el influjo del orden sacerdotal. Los nobles, llamados caciques, desempeñaban ciertos cargos palatinos ó administraban provincias. En cada ciudad había un juez vitalicio. Las leyes se promulgaban en manuscritos pictográficos. La renta del jefe se componía de tributos en

especies pagados por las ciudades y que se enumeran detalladamente en una serie de cuadros de la colección Mendoza: armaduras, polvo de oro, hojas de papel de pita, frutas, ámbar, cacao, aves, esterillas, panes de goma de copal, maíz, panes de sal, mantos de tejido de algodón, adornos de plumas y piedras preciosas. En tiempo de la conquista estos impuestos, cobrados con gran rigor, constituían una carga insostenible. Todas las instituciones aztecas, como culto, educación, honores públicos, tendían á realizar la profesión de las armas. Los guerreros llevaban una especie de cota de mallas de piqué; algunos gastaban corazas hechas con hojas finas de oro y plata. En la cabeza llevaban cascos de madera esculpida, con penachos de plumas y ornamentos de oro ó piedras brillantes. Los mejicanos tenían innumerables dioses, á cada uno de los cuales se sacrificaban en días señalados víctimas humanas: el Marte azteca, *Huitzilopochtli*; *Quetzalcohuatl*, dios del aire, venerado especialmente en Cholula; *Tescatlepecpa*, alma del mundo; *Tlaloc*, dios de la lluvia. Enorme era el número de los sacerdotes; sólo en un templo de Méjico había cinco mil. Los altares se erigían encima de los *teocallis* (1). En 1486, cuando se consagró el gran templo de Huitzilopochtli, fueron degollados 70.000 cautivos, según afirman Torquemada é Ixtlilxochitl. El manuscrito *Telleriensis*, publicado por Kingsborough, se contenta con 20.000.

LA ESCRITURA PICTOGRÁFICA.—La literatura azteca abarcaba, además de la tradición oral, las pinturas didácticas, figuras ó signos representativos de ideas familiares ó ideas sugeribles. Se dibujaban en lienzos de algodón, en pieles aprestadas en una composición de seda y goma, generalmente en hojas de maguey (pita), que formaban un papel flexible y se doblaban como un abanico entre dos tablillas. ¿Qué era la escritura pictográfica de los mejicanos? M. Aubin ha estudiado lenta y sabiamente los escasos manuscritos antiguos que quedan. Opina que la escritura se encontraba en ellos en estado rudimentario y que su grado más alto de perfección no pasa de un sistema de geroglí-

(1) *Teotl*, dios; *calli*, casa; las pirámides que los sustentaban se semejan á los *tumuli* del Misisipi.

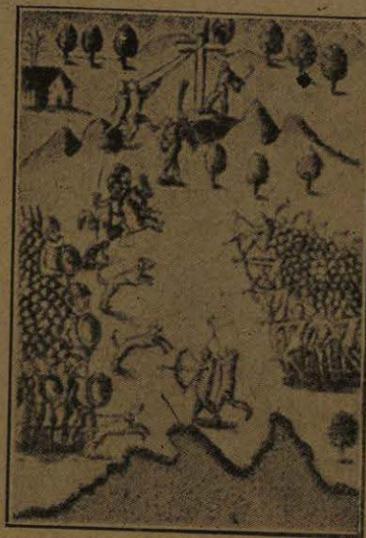
ficos (1859). M. Rosny rechaza sin embargo la deducción de que la América precolumbiana no conociera el arte de la escritura. Cree estar seguro de que en el mismo Perú, antes del periodo de los Incas y la generalización del uso de los *quipus*, de que luego hablaremos, los habitantes de esta parte de la América del Sur, probablemente aymaras, conocieron y usaron la escritura dibujada. Dice que la historia de la escritura mejicana pasó por las fases siguientes: pintura tosca de los sucesos; indicaciones simbólicas, sistema de imágenes y geroglíficos convencionales; por último, combinaciones gráficas, casi fonéticas, cuyos ejemplos indudables se encuentran especialmente en documentos oficiales y administrativos (cuadros de rentas, catastros, registros de matrícula, padrones de las tribus, etc.) Existe por fin una escritura maya, para cuya traducción se ha descubierto un fragmento de alfabeto. No se ha encontrado más que en corto número de manuscritos, pero figura como escritura monumental en muchas obras esculpidas de América central, en el Yucatán, en Chiapas, en Chichen-Itza y en Palenque. Es la escritura «calculiforme» ó, según expresión maya, «katúnica». Ninguno de los ensayos hechos para descifrar textos katúnicos ha dado hasta ahora resultado positivo.

CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIAS.—La aritmética mejicana poseía signos particulares para las cinco primeras cifras y para los números 10, 15, 20, 400, etc. Una bandera representaba 20, una pluma 400, un saco ó una bolsa 8.000. El año se componía de 18 meses de 20 días, mas cinco días complementarios. El mes se dividía en cuatro semanas de cinco días; cada quinto día se celebraba mercado público. El sistema cronológico se basaba en una combinación de grandes ciclos, cada uno de 52 años, llamados *haces* y representados por atados de cañas. Cada ciclo grande se dividía en cuatro más pequeños de 13 años. Al expirar cada ciclo de 52 años se celebraba la fecha de la destrucción y renacimiento del mundo (1). Los sacerdotes po-

(1) Se hacían pedazos los ídolos y se apagaban los fuegos sagrados. A la hora exacta en que había de empezar el nuevo ciclo se enciende el fuego en el pecho de la víctima humana, que coronaba una hoguera inmensa en la cima de una montaña próxima á la ciudad.

señan un calendario especial distinto del pueblo, y así conservaban el misterio de sus cálculos astrológicos, que solían aplicarse al horóscopo de los recién nacidos.

Los productos principales de la agricultura mejicana, desarrollada con métodos sabios de doble cultivo y con una red muy estrecha de canales de riego, eran el maíz y el algodón. La Tierra Caliente daba la piña, el cacao (*chocolatl*), la vainilla y toda clase de frutas. Del gran áloe llamado *maguey* (pita) americano se extraía el *pulque*, licor fermentado y embriagador, un textil llamado *nequen*, bálago para las techumbres, fibras para las esteras, cuerdas, alfileres y agujas; la raíz daba un alimento, las hojas trituradas una pasta de papel. Los mejicanos carecían de bestias de carga; no tenían más animales domésticos que una especie de perro y el pavo. Labraban el oro, la plata, el cobre, el plomo y el estaño, pero no conocían el hierro, lo cual les pasaba á todas las razas americanas. Las montañas que por todas partes rodeaban el Anahuac, rocas graníticas y porfídicas, encerraban amatistas, esmeraldas y



Bartolomé Colón luchando con los indígenas
(Grabados del siglo XVI)

obsidiana (*iztli*), mineral negro, transparente y durísimo, con el cual fabricaban instrumentos cortantes, cuchillos y espadas dentadas. El arte mejicano hacía ostentación en las moradas de los ricos, de los nobles y de los príncipes, en los templos y mercados públicos, de aves de metal con plumas de oro y plata, de imágenes de piedra esculpida y de alfarería. La industria suministraba armas, tinturas sacadas de substancias minerales ó vegetales ó de la cochinilla, telas de algodón enriquecidas con bordados, una especie de mosaico brillante hecho con plumas de aves tropicales pegadas ó trenzadas en una trama de algodón: arte raro y encantador por lo caprichoso. El comercio ofrecía alhajas, telas,

herramientas, mantos y adornos de plumas, armas y también esclavos. Los comerciantes eran en realidad buhoneros que iban de un mercado á otro, en compañía de criados cargados con las mercancías y provistos de armas. La moneda consistía en plumas transparentes llenas de polvo de oro, en pedazos de estaño y en saquitos de granos de cacao, pero el sistema más usado era el cambio.

HERNÁN CORTÉS EN VILLA-RICA.—En 1517 empezaron las expediciones con que los españoles se pusieron en contacto con las na-

ciones civilizadas de la región á que hoy se da el nombre de Méjico. Don Diego Velázquez, gobernador de Cuba, envió aquel año á Hernández de Córdoba á explorar la costa de Yucatán. Al año siguiente Juan de Grijalba desembarcó en la isla de Cozumel, de la cual Pedro de Alvarado llevó á Cuba adornos y vasijas de oro con informes sobre el gran imperio de los aztecas. Se decidió una expedición, y Velázquez confió su preparación á Hernán Cortés, que buscaba fortuna hacía ocho años en el Nuevo Mundo, y

tenía entonces 34. Hubo envidiosos que excitaron contra él ciertos celos del gobernador, que quiso impedirle que partiera, pero avisado Cortés, zarpó apresuradamente del cabo de San Antón el 18 de Febrero de 1519 para el Yucatán. Su escuadra llevaba 110 marinos, 553 soldados españoles (entre los cuales no había más que 32 ballesteros y 13 arcabuceros), 200 indios, 10 cañones, 4 falconetes y 16 caballos. Después de corta estancia en la isla de Cozumel, dió vuelta á la península y desembarcó en el continente, junto á la desembocadura del Tabasco, y tomó por asalto un pueblecillo, en el cual capturó á la india Marina, que fué su querida, y que con su conocimiento de los dos idiomas maya y nahua le fué utilísima en

Méjico. El jueves santo ancló la escuadra delante del emplazamiento actual de San Juan de Ulloa.

Convertido su campamento en una especie de ciudad, le dió el nombre característico de Villa-Rica de la Vera Cruz (1), y estableció en él un asomo de municipalidad ó cabildo. Despojándose entonces solemnemente de los poderes que le había conferido Velázquez, se mandó otorgar, por la autoridad que acababa de constituir, y en nombre del rey, las atribuciones de capitán y juez de la colonia. Desde que estaba en la costa había recibido en su campamento numerosos mensajeros de Motezuma, que unas veces le mandaban y otras le suplicaban en nombre de su amo que se alejara, y sobre todo que no intentara ir á Méjico. Los entretuvo con buenas palabras, negociando entretanto con los jefes de las tribus vecinas, disciplinando sus tropas y preparando con paciencia y seguridad su marcha hacia el interior. Ganó al cacique de Cempoalla, hizo de él un aliado útil, y recogió de éste y de otros datos muy exactos sobre el poderío azteca. Así averiguó que esta monarquía abarcaba inmensa extensión de tierra, pero que su dominio era precario y que gran número de naciones, como la república de Tlaxcala, lo toleraban impacientes.

Terminados sus preparativos, Cortés envió una carta al rey de España con regalos de Motezuma y dos mensajeros encargados de desvirtuar en la corte supuestos ataques de Velázquez. Tomó la osada resolución de quemar sus naves, y el 16 de Agosto de 1519 se puso en camino hacia Méjico.

MARCHA CONTRA MÉJICO; TLAXCALA Y CHOLULA.—El pequeño ejército, después de haber atravesado la región baja y cálida y luego la templada, llegó á los confines del territorio de los tlaxcaltecas. En esta república se formaron dos partidos: uno que quería alianza con los hombres blancos contra los mejicanos, y otro la guerra contra los blancos; éste venció, y los tlaxcaltecas, mandados por Xicotencatl, atacaron á Cortés. Derrotados el 1, el 2 y el 5 de Septiembre, intentaron una sorpresa nocturna, que fracasó.

(1) Este nombre resume las dos grandes pasiones de los conquistadores: la sed de oro y el proselitismo religioso; matar á los descreídos que no quieran convertirse, y en cualquier caso apoderarse de sus riquezas.

só. Recobraron entonces el ascendiente los partidarios de la paz; los jefes llevaron al campamento español la sumisión del pueblo y la oferta de una alianza, que fué aceptada con júbilo, pues garantizaba á Cortés el auxilio de 3.000 guerreros tlaxcaltecas; en realidad aquello fué lo que le abrió el camino de Méjico, y luego, á la hora de los reveses, le salvó de un desastre completo.

Cortés entró el 23 de Septiembre en Tlaxcala y salió el 15 de Octubre para Cholula. Fué bien acogido, pero al darle noticia de cierta conspiración, ordenó una matanza, probablemente inútil, que ha echado una mancha en su memoria. Siguiendo su marcha á Méjico, se metió en el laberinto de montañas que rodean la Tierra Fría, la verdadera meseta del Anahuac, cubierto entonces de abetos, encinas y cipreses, y hoy tan pelado como la meseta de Castilla. Salvada la última garganta, entre el Popocatepetl (Montaña que humea) y el Iztaccihuatl (Mujer blanca), los españoles vieron á sus pies el valle de Méjico, su rico verdor, su cinturón de picos gigantescos, sus cinco lagos, y en lontananza, como surgiendo del mayor, la Venecia de los aztecas, Méjico ó Tenochtitlán. El ejército atravesó las ciudades de Chalco y Cuitlahuac, luego la residencia regia de Iztapalapan, de magníficos jardines, y llegó á Méjico, accesible por tres calzadas. Al aventurarse los soldados por el dique del Sur, Cortés vió venir á su encuentro al rey Motezuma acompañado de su sobrino, el jefe de Tezcucó, y un séquito brillante. El soberano azteca había tratado de detener á los extranjeros con sus embajadas, pero ni por un momento pensó en resistir. Veía con terror que se cumplía la predicción de Quetzalcohuatl. Recibió á Cortés con dignidad, como se recibe á un huésped venerado y temido á un tiempo.

PRIMERA OCUPACIÓN DE MÉJICO.—Méjico, según dicen los cronistas, tenía tres leguas de circunferencia y 60.000 casas, que en general eran miserables cabañas, como en ciertas aglomeraciones urbanas de África y de China. No se puede, sin embargo, poner en duda que la capital azteca fuera entonces una gran ciudad con algunos templos y muchos edificios grandes de un solo piso que cubrían

vastos espacios. Cuando los españoles visitaron por primera vez «el palacio» de Motezuma, poco lejano del barrio que les había asignado, admiraron la rica ornamentación de las innumerables habitaciones de la casa, el lindo arreglo de jardines, pajareras, jaulas de aves de rapiña, el pabellón de las serpientes, la casa de fieras, hasta una colección de enanos. También vieron en la ciudad alta el gran mercado (*tianguetz*) de Tlateloleo, frecuentado por los orífices de Azcapotzalco, los alfareros de Cholula, los pintores de Tezcucó, los picapedreros de Tenojacán, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los estereros de Quauhtitlán y los mercaderes de esclavos junto á los jardineros que llevaban las flores de Xochimilco y los frutos de Tierra Caliente.

Cerca del barrio español, y dominándole, se elevaba el gran templo ó *teocalli*, en medio de un cercado de piedra y cal, adornado por el exterior con figuras largas de serpientes en relieve, llamado Coatepantli (muralla de las serpientes). En la cima de la pirámide había dos santuarios, uno de los cuales contenía la estatua colosal de Huitzilopochtli; el altar con un fuego perpetuo y muy cerca el bloque de jaspe, piedra de sacrificio en la cual el sacerdote, con la hoja cortante del iztli, abría el pecho de la víctima y le sacaba el corazón para mojar con la sangre, caliente aún, la cara del ídolo. Bernal Díaz relata el insupportable hedor que se desprendía de aquellos antros enrojecidos por la sangre.

Cortés, á la semana de haber llegado á Méjico, no sabía cómo salir de una situación que de prolongarse podía ser muy peligrosa. Tratado con afable benevolencia por el soberano, rodeado de respetos y miramientos, no

era más que el huésped de Motezuma, pero estaba expuesto á no tardar en ser su prisionero. Un incidente le dió pretexto para acelerar el desenlace. Avisado de que habían sido asesinados tres españoles cerca de Villa Rica, mandó llamar á Méjico á un cacique y cinco jefes sospechosos de complicidad en aquellas muertes. Después, acompañado de cinco de sus más fieles compañeros de armas, se apoderó, en el mismo palacio, del rey Motezuma, que no hizo resistencia alguna y se

dejó llevar al barrio español, declarando á la multitud estupefacta que se iba por su gusto con ellos (1).

Todos los jefes que habían sido llamados á consecuencia del asesinato de los españoles fueron quemados vivos, y Cortés ordenó que se pusieran esposas y grillos á Motezuma durante la ejecución. El desdichado rey lloró al verse en tal degradación, pero siguió sirviendo humildemente á Cortés, y llegó hasta mandar que se apoderaran de su sobrino Cacama para entregárselo á los

españoles. Cortés creyó llegado el momento de consagrar solemnemente su conquista. Por orden suya declaró el soberano azteca que reconocía oficialmente la soberanía del rey de España, y prestó con sus principales caciques juramento de fidelidad á su nuevo señor.

Después de aquella ceremonia pudo ya Cortés proceder al reparto (tanto tiempo aguardado por sus soldados) del tesoro real, que se declaró confiscado. Fué aquello un

(1) Si el día que se cometió esta locura genial hubiera hecho Motezuma un ademán de rebelión, los mejicanos se habrían arrojado sobre los españoles y no habrían dejado uno vivo. Pero Motezuma no lo hizo. Tenía que obedecer á Cortés, le obedeció, y Cortés, cuya situación era difícilísima, consiguió transformarla del modo más ventajoso. De prisionero que era la víspera se convirtió en amo. Dueño del jefe, lo era también de sus millones de súbditos.



Prisión de Motezuma. (De un grabado antiguo)



Pedro de Alvarado

saqueo noble, un robo regularizado, un bandidaje ante notario, sin que todos quedaran muy contentos de la escasa porción que les correspondía. Parecióles descaradamente excesiva la parte reservada por Cortés para el rey y para él.

Para reunir mayor botín, fueron enviados emisarios á las provincias del imperio, acompañados por los recaudadores indígenas de las tribus. Seis meses se emplearon en organizar una conquista que tan poco esfuerzo había costado (Noviembre de 1519-Mayo de 1520).

DISCORDIAS ENTRE ESPAÑOLES; LLEGADA Y DERROTA DE NARVÁEZ.—La obra era todavía muy frágil; nada estaba empezado en realidad de cuanto parecía terminado. Los sentimientos de odio latentes en la población contra los blancos aguardaban ocasión para manifestarse. Nadie logró impedir que Cortés erigiera un altar á la Virgen y mandara decir misa en la plataforma del gran teocalli. Para los millares de sacerdotes que había en Méjico, profanación tan horrible exigía venganza atroz, y la muchedumbre no tardó en pensar como los sacerdotes. Motezuma, que desde su cautiverio oyó los primeros rumores de la tormenta, advirtió á Cortés el peligro y le aconsejó que se fuera. Tiempo hacía ya que los mejicanos se habían cerciorado de que los españoles eran hombres como ellos. Ya no se asustaban de sus arcabuces, de sus cañones y de sus caballos, tan poco numerosos. Era inminente un ataque, y Cortés se preparaba á resistirlo, pero sobrevino una complicación en Mayo de 1520.

Velázquez había enviado á Carlos V un informe muy hostil sobre la conducta de Cortés, pero no aguardó la decisión del soberano para tomar una determinación (1). Desde fines de 1519 preparaba una expedición contra su rival. Como su corpulencia le im-

(1) El rey parecía dispuesto á ratificar los actos del conquistador, pero la oposición de Fonseca le hacía vacilar. Afortunadamente para Cortés, la audiencia de Santo Domingo le dió la razón contra Velázquez, y más afortunadamente todavía, Cortés derrotó á Narváez y se quedó con su ejército. Este fué el argumento más elocuente en su favor ante la corte y ante la Historia.

pedía encargarse personalmente del mando de la expedición, se lo confió á Pánfilo de Narváez, hidalgo castellano que le había ayudado á sojuzgar la isla de Cuba. Su ejército se componía de 900 hombres, 80 jinetes, 24 arcabuceros, 150 ballesteros, buenos cañones, provisión considerable de armas y municiones y un millar de indios, y llegó el 23 de Abril de 1520 delante de San Juan de Ulloa. Motezuma, avisado de la llegada de los blancos á la costa por su servicio de *tamanes* (correos), se lo advirtió á Cortés, enseñándole un mapa jeroglífico enviado desde las riberas del golfo y en el cual figuraban los barcos y los españoles.

Dejando en Méjico una guarnición de 140 hombres con la artillería al mando de Pedro de Alvarado, salió Cortés en persona con 70 soldados en Mayo de 1520. Uniéndose con Velázquez de León y 120 hombres en Cholula, con Sandoval y sus 60 soldados en Villarica, logró reunir 260 españoles, con los cuales logró, por medio de una hábil sorpresa nocturna, vencer casi sin lucha á la tropa de Narváez, muy superior en número á la suya, pero medio sobornada ya por sus emisarios, y que se puso á sus órdenes.

SUBLEVACIÓN DE LOS MEJICANOS; EVACUACIÓN DE MÉJICO; LA «NOCHE TRISTE».—Apenas habían transcurrido quince días desde esta victoria contra sus compatriotas, cuando supo que los mejicanos habían empuñado las armas, quemando sus bergantines y atacando el cuartel español. Tenía que volver apresuradamente á Méjico. En Tlaxcala revisó sus fuerzas y vió que tenía 1.000 hombres de infantería, entre ellos 100 arcabuceros y otros tantos ballesteros, 100 jinetes y 2.000 tlaxcaltecas. Supo en Tezcuco que la guarnición que había dejado en la capital estaba bloqueada en su alojamiento. El 24 de Junio de 1520 llegó á la calzada por la cual había entrado la primera vez, atravesó los puentes levadizos que los mejicanos no se habían ocupado en alzar, y se reunió con los sitiados. Cuando se enteró de la causa inmediata de la sublevación, le costó bastante trabajo perdonar á su



Gonzalo de Sandoval

sanguinario teniente una atrocidad que iba á ser para los españoles la causa de tantas desdichas. Alvarado había matado, sin provocación, por pura codicia, á varios centenares de aztecas, lo más selecto de la nobleza mejicana, atraída al recinto del gran templo por el anuncio de una fiesta religiosa. Al día siguiente había estallado la insurrección, fomentada por los sacerdotes, y al ataque había sucedido el bloqueo. La guarnición estaba ya salvada; Cortés disponía de 1.250 españoles y 8.000 tlaxcaltecas, pero el hambre amenazaba ya. Los mejicanos no tardaron en tomar de nuevo la ofensiva y dieron un asalto furioso.

Cuando quiso Motezuma arengar á sus súbditos, fué herido. Cortés decidió entonces una salida para dejar libre el palacio, pero pronto detuvieron á los españoles las barricadas; los mejicanos atacaban de flanco por los canales ó lanzaban granizadas de proyectiles desde las azoteas. Hubo que prender fuego á barrios enteros de la ciudad. El enemigo era rechazado por todas partes, pero al anoecer las tropas tuvieron que volver á su cuartel. Cortés estaba herido en una mano. Motezuma consintió en intervenir otra vez, y se presentó en lo alto del muro. El pueblo conoció en seguida á su rey y pareció dispuesto á escucharle, pero de pronto brotó de la muchedumbre un concierto de injurias y luego una nube de piedras y flechas. Herido en la cabeza el soberano, cayó sin conocimiento. Ante aquel atentado sacrilego, los mejicanos, sobrecogidos de espanto, escaparon, y quedó vacía de nuevo la plaza, lo cual permitió á Cortés tomar por asalto el gran templo que dominaba el barrio español. De todos modos, la posición

no se podía defender y se imponía la evacuación inmediata. Hubo combates terribles en la ciudad antes de llegar á la calzada del Oeste, por donde se había de efectuar la retirada. Motezuma murió de sus heridas ó fué estrangulado en su calabozo. Nada podía sujetar ya á los mejicanos. Los españoles fueron degollados ó echados al agua á centenares durante la *Noche triste* del 5 al 6 de Julio de 1520. Al día siguiente encontró Cortés á Alvarado, Sandoval, Olid, Ordaz, Avila, y á su preciosa intérprete Marina. No le quedaban más que 23 jinetes. El tesoro del ejército, los papeles del general y su diario estaban en el fondo del lago. También se habían perdido los mosquetes y la artillería. Gomara calcula las pérdidas en 400 españoles y 4.000 tlaxcaltecas. El 8, Cortés derrotó en Otumba á un ejército mejicano, y esta victoria le permitió llegar á Tlaxcala, donde le obligaron á detenerse la calentura y sus heridas.

SEGUNDA CONQUISTA DEL ANAHUAC.—Restablecida su salud, derrotó á los tepeacanos y estableció el cuartel general en su capital. El país era fértil y en él fué rehaciendo su ejército y recibió refuerzos. Sometió á varias tribus y volvió en triunfo á Tlaxcala (Diciembre de 1520) á los seis meses de salir de Méjico. Quitlahuac, hermano de Motezuma y héroe de la lucha de Méjico contra los españoles, había muerto de viruela, enfermedad importada por los extranjeros. Sucedióle Quauhtomozin ó Guatimozin, yerno y sobrino de Motezuma.

Cortés no renunciaba á su conquista. El día de Navidad emprendió por tercera vez el camino de Méjico. De nuevo contaba con más de un millar de españoles y numeroso



Hernán Cortés. (De un grabado antiguo)